

## Alemania

Anunciar y hacer pasar a la gente era una función que a Baptiste Cormier le iba como un guante ya que, además de su característico nombre de pila, tenía una innegable pinta de criado.

No obstante, desde su última plaza había perdido un tanto las maneras y, de momento, apoyado en el quicio de la puerta y con la mirada perdida en el techo, se hurgaba melancólicamente un diente con una cerilla. Interrumpió de pronto su tarea de limpieza.

— *Achtung!* — chilló al tiempo que se ponía firmes.

Las conversaciones pararon en seco. Entre un rumor de bancos y botas nos levantamos y saludamos chocando los talones. El jefe de la *Aufnahme*\* se incorporaba a su puesto.

— Por favor... descansen — dijo en francés con marcado acento.

Se llevó la mano a la visera y se sentó a su mesa. Le imitamos y reanudamos nuestras charlas. Todavía disponíamos de quince minutos largos antes de empezar con nuestra tarea de inscribir a los recién llegados en el registro.

\* Oficina de registro de los prisioneros de guerra. (*N. de la T.*)

Al poco rato, después de archivar varios papeles, el jefe se levantó y llevándose un silbato a los labios soltó un pitido estridente. Eso significaba que tenía que comunicarnos algo. Todos callamos y nos volvimos hacia él para escucharle.

Habló unos instantes en alemán, luego volvió a sentarse y el intérprete empezó a traducir.

Como de costumbre, el jefe nos daba las habituales consignas en lo tocante a nuestro trabajo. Además, nos agradecía el esfuerzo que habíamos hecho la víspera para registrar a un número considerable de compañeros. Esperaba que la tarea continuase a ese ritmo y que así mañana, a más tardar, hubiésemos terminado. Como recompensa, haría que nos concediesen un paquete de tabaco a cada uno.

Unos torpes «*Danke schön*» y algunas risas sofocadas acogieron esta demostración de humor tranquilo que consistía en gratificarnos hoy con el tabaco que se había confiscado la víspera, durante el cacheo, a los tipos que íbamos a inscribir. El intérprete hizo una seña. Cormier se olvidó de sus dientes y abrió la puerta.

—Los veinte primeros —dijo.

De la masa compacta de hombres alineados contra el barracón se desgajó un grupo que se dirigió hacia nosotros con un estruendo de botas claveteadas. Empezó el trabajo.

Yo ocupaba un extremo de la mesa. Mi cometido consistía en preguntar a cada uno de los compañeros llegados de Francia la antevíspera un montón de datos y garabatearlos en un volante que, tras pasar por los nueve *Schreiber* de la mesa, llegaba, al mismo tiempo que el titular, a la ficha final en la que el KGF\* imprimía la huella del índice. Se trataba de un joven belga, que rellenaba las fichas definitivas. Su trabajo, si no más complicado que el mío, era, en todo

\* KGF son las siglas, en alemán, de prisionero de guerra. (N. de la T.)

caso, más largo. En un momento dado me pidió que fuera más despacio: no daba abasto.

Me levanté, fui a avisar a Cormier de que no hiciera pasar a nadie más para inscribirse en nuestra mesa y salí a desentumecer las piernas por el terreno fangoso.

Estábamos en julio. Hacía buen tiempo. Un sol tibio acariciaba el paisaje estéril. Soplaban un suave viento del sur. En la torre, el centinela iba y venía. El cañón de su fusil brillaba al sol.

Poco después regresé a mi sitio en la mesa, mientras aspiraba con deleite el humo de la pipa que acababa de encender. El belga se había desatascado. Podíamos seguir.

Con mi cuchillo le saqué cuidadosamente punta al lápiz de anilina, gentileza de la *Schreibstube*, y me acerqué una ficha en blanco.

—El primero, señores —dije sin levantar la cabeza—. ¿Cómo te llamas?

—No sé.

Dijo la frase una voz sorda.

Algo sorprendido examiné al hombre que acababa de darme aquella imprevista respuesta.

Alto, de cara enjuta pero enérgica, debía de tener más de cuarenta años. Una calvicie frontal y la barba hirsuta le daban un curioso aspecto. Una fea cicatriz le atravesaba la mejilla izquierda. Como un bobo, trituraba el gorro entre sus manos admirablemente finas. Paseaba sobre nuestras personas una mirada de perro apaleado. En las solapas del capote lucía el escudo rojo y negro del 6° de Ingenieros.

—¿Cómo que no sabes?

—No... No sé.

—¿Y tus papeles?

Hizo un gesto impreciso.

—¿Perdidos?

—Quizá... No sé.

—¿Tienes amigos?

Hizo un breve gesto de duda y crispó las mandíbulas.

—No... no sé.

En aquel punto, un hombrecillo con cara de bergante que mientras esperaba turno en una mesa cercana no se perdía una palabra de aquel diálogo singular, se acercó a mí.

—Éste es un duro —dijo inclinándose. (Tenía la voz ronca de los bajos fondos y hablaba con la boca torcida, sin duda para dárselas de «malo»)—. Sí, astuto como un zorro. Hace más de un mes que se hace el loco. Un truco como otro cualquiera para que lo declaren inútil y lo manden a casa, como ha de ser.

—¿Le conoces?

—Un poco. Me «trincaron» con él.

—¿Dónde?

—En Château-du-Loir. Soy del 6º de Ingenieros.

—Seguramente él también —dije mostrando el escudo.

—De eso no te fíes. Es un capote que le dieron en Arvoures...

—¿Sabes cómo se llama?

—Nosotros le llamábamos el Glóbulo, pero no he llegado a saber su nombre verdadero. No llevaba ni un mal periódico encima. Cuando le vi por primera vez ya éramos prisioneros. Te lo cuento. Éramos unos diez en un bosquecillo. Un compañero al que habíamos enviado a reconocer el terreno acababa de avisarnos de que había que ir con tiento. Los alemanes merodeaban por allí. Bueno, al final nos echaron el guante. Flanqueados por los *Feldgrau*,\* nos dirigíamos sin chistar hacia una granja en la que ya estaban cautivos un montón de los nuestros cuando los centinelas nos hicieron detener cerca de otro bosquecillo. Un tipo con la cara ensan-

\* Soldados del ejército alemán durante la segunda guerra mundial. (N. de la T.)

grentada intentaba cruzar el camino a rastras... Era el Glóbulo... Le dolían tanto los pies (se le habían chamuscado en algún lugar) que ya no podía apoyarlos en el suelo. Abría unos ojos como platos, no te digo más. Iba vestido...

Se echó a reír torciendo aún más la boca.

—Menuda faena —prosiguió—. Daba la impresión de que había querido huir de los alemanes vistiéndose de civil. Pero sólo a medias, porque le faltaba lo principal: el pantalón y la chaqueta. Se había limitado a ponerse lo que tenía, es decir, una camisa y una corbata. Una camisa de verdad y una verdadera corbata de civil. Y así iba por el mundo, con el uniforme por encima. Lo que yo te diga: un locatis... o un tío muy hábil. En cualquier caso, no era capaz de dar un paso. Nuestros guardianes cogieron a los dos hombres más fornidos del grupo y les encargaron que lo llevaran. Así llegamos a la granja primero y, más tarde, al campo de Arvoures. Después de que le curaran los pies, que estaban hechos puré, y la herida de la cara, se quedó con nosotros y nunca ha sido una molestia. Era manso, educado y nos contaba que no recordaba nada de lo ocurrido ante... ante... Maldita sea, una palabreja que...

—¿Anteriormente?

—Eso, eso, anteriormente. Sí, no se acordaba de nada de lo ocurrido anteriormente a su captura. ¿Qué te parece el embrollo? En fin, cada cual hace lo que puede...

—¿Así que no es un hombre del 6º de Ingenieros?

—No. Ya te digo que el capote se lo dieron en el campo de concentración de Arvoures. Y por cierto, en aquel sitio éramos muchos de ese regimiento... Pues bien, ni uno de nosotros conocía al tipo ése...

Me guiñó un ojo cómplice.

—Te lo digo y te lo repito: es un duro. Te lo dice aquí Bébert y menda sabe de qué habla.

—¿Y cómo es que con tan mala salud ha podido llegar hasta aquí?

Bébert soltó un sonoro y prolongado «Ah», dando a entender que le pedía demasiado.

Me levanté y deslicé la mano bajo el brazo del hombre que había olvidado quién era. Me costaba considerarlo un farfante. El jefe de la *Aufnahme* escuchó atentamente el discurso del intérprete y luego repasó con el ojo monoculado al pobre amnésico.

—Que le pongan en observación en el hospital —ordenó—. Los médicos dirán si ese hombre intenta engañarnos.

Me llevé al hombre a mi mesa y rellené la ficha rosa. Fue cosa de un minuto. Era la ficha más breve de todas: «X... *Krank.\** Amnesia». Pero, en adelante, estaría provisto de algo parecido a una identidad. A falta de nombre, tendría número. Para todo el mundo sería el 60202.

Con los pies hundidos en el terreno esponjoso, fumaba la pipa perdido en mis sueños, recostado en el barracón 10-A.

Dividido en dos mitades por los raíles tortuosos y mal colocados de la línea Decauville,\*\* el camino central del campo abría ante mí su larga perspectiva. Algunos grupos deambulaban sorteando los charcos de agua fangosa. En el umbral de los barracones, apoyados en los quicios de las puertas o sentados en los escalones, con las manos metidas en el cinturón o en las profundidades de los bolsillos, los KGF fumaban y charlaban. La colada, movida por el viento, se secaba tendida en las ventanas. De lo hondo de un

\* Enfermo, en alemán. (*N. de la T.*)

\*\* Línea férrea con un ancho de 60 cm., para la circulación de vagonetas o de material militar, por ejemplo. (*N. de la T.*)

barracón llegaba el sonido lastimero de una harmónica. Bajo el alegre sol de aquel domingo por la mañana, parecía un poblado de buscadores de oro.

El médico que se había encargado de la guardia de noche salió de la enfermería. Era la hora del relevo. Acompañado por un guardia bonachón, se dirigía de vuelta al *Lazarett*\* situado a dos kilómetros del campo. Era un excelente cirujano, en opinión de sus colegas. Como médico, y por esa misma razón, en opinión de todos, era un matasanos. Cuando llegó a mi altura se detuvo.

—Me llamo Hubert Dorcières —se presentó, como si estuviésemos en un salón de la mejor sociedad—. Si no me equivoco, usted se llama Burma. Hace algo más de un año, salvó a mi hermana de una situación comprometida... Puede decirse que le devolvió la honra. ¿Lo recuerda?

Me acordaba perfectamente. También sabía, por haber ido varias veces a la «consulta» desde que llegué al *Stalag*,\*\* y haber tenido ocasión de que me examinara ese médico, que se había limitado a recetarme las consabidas píldoras sin dignarse caer en que éramos viejos conocidos. Mi apellido, sin embargo, figuraba bien claro en el registro de visitas.

Yo, por mi parte, le reconocí más o menos la primera vez que nos vimos. Por culpa de la barba. Cuando el asunto del chantaje del que su hermana había sido víctima, no la llevaba. Se lo dije, por educación, para hacer como que me interesaba por él. Sólo el diablo sabía hasta qué punto me era indiferente.

—Pequeña fantasía de prisionero —dijo al tiempo que sonreía y se acariciaba la barba. Luego, bajando la voz exa-

\* Enfermería, dispensario. (*N. de la T.*)

\*\* Abreviatura de la palabra alemana *Stammlager* (campo de origen). Campo de concentración de la segunda guerra mundial donde se internaba a los prisioneros de guerra sin grado de oficial. (*N. de la T.*)

geradamente para simular un talante profundamente conspirativo—: ¿Cómo es que un hábil detective como usted no se ha evadido todavía?

Contesté que aquel cautiverio me hacía las veces de unas vacaciones que no disfrutaba desde hacía tiempo. Así que no veía ningún motivo para acortarlas voluntariamente. Por otro lado, a mi delicada salud le venía muy bien un poco de aire fresco. Y, además, entre nosotros, ¿no estaba yo allí especialmente para descubrir, con mi fantástico olfato, a los farsantes? Etcétera. Y así, entre una cosa y otra, le dije que desde la antevíspera estaba en paro. La *Aufnahme*, de momento, había terminado y no volveríamos a empuñar los lápices hasta dentro de tres semanas. ¿Podría encontrarme un empleo en el *Lazarett*? Podía hacer de enfermero.

Me miró como en la vida civil debía de mirar a los criados que se presentaban a ofrecerle sus servicios y no me gustó ni pizca. Por último, dejó que fluyera de sus labios un rosario de «Sí, sí, sí» y me invitó a que fuera a verle al día siguiente a la *Revier*.\*

Nos dimos la mano.

Golpeé la pipa contra los escalones de madera. En el lugar de las cenizas que acababa de dispersar sobre los famélicos brezos metí el producto polaco que nos vendían en la cantina con el nombre de tabaco. Era una especie de dinamita capaz de perforar cualquier estómago, que bastaba y sobraba para ahumar el paisaje y despedir por doquier un olor polvoriento, agradablemente acre.

\* Barracacón destinado a los enfermos de los campos de concentración nazis. (N. de la T.)



Exquisito como un petimetre, el doctor Hubert Dorcières podía dar el pego pero, en cuestión de favores, más valía no contar con él.

Dejó que los trámites se alargaran —si es que llegó a ocuparse de ellos— y de ser por él seguro que me hubiesen alistado en un *Kommando*. No digo que hubiese sido peor, pero sentía debilidad por las alambradas y, a la luz del oca-so, las torres tenían un aspecto airoso que colmaba mis ansias de estética especial.

Por suerte, tenía un amigo en el lugar adecuado. Paul Desiles. Médico también, bajito, rubio y de pelo rizado, con una simpática cara de pan. En un plis plas me encontró un destino bien al abrigo en el dispensario. Una vez allí, varias veces tuve ocasión de ver al número 60202.

Su estado seguía siendo desconcertante y en opinión de los facultativos (franceses y alemanes) no se trataba en absoluto de un farsante. Como incurable, se decidió que formaría parte del siguiente convoy de repatriados. Mientras, pasaba los días sentado en las lindes del campo, a veinte metros de las alambradas, con la barbilla apoyada en las finas manos y la mirada más perdida que nunca.

Varias veces intenté mantener con él una conversación que no resultase demasiado deslavazada. Fue inútil. Sin embargo, una vez me miró con cierto interés y me dijo:

—¿Dónde podría haberle visto?

—Me llamo Nestor Burma —dije, con todo mi ser temblando de excitación ante la posibilidad de descubrir el misterio de la personalidad de aquel pobre desgraciado—. En la vida civil soy detective privado...

—Nestor Burma —repitió con la voz cambiada.

—Sí. Nestor Burma. Antes de la guerra dirigía la agencia Fiat Lux.

—Nestor Burma.

## 22 LÉO MALET

Palideció, como si estuviese haciendo un esfuerzo considerable, la cicatriz se le volvió más nítida y luego hizo un gesto de profunda lasitud.

—No... no me recuerda nada —suspiró en tono lastimero.

Encendió un cigarrillo con manos temblorosas y se alejó arrastrando los pies hasta su sitio junto a las alambradas, frente a la torre y el bosquecillo.

Pasaron los días, las semanas, los meses. Algunos heridos graves ya iban camino de Francia. El 60202 tenía mala suerte. Su número, que al principio figuraba en las listas de repatriación, había sido olvidado por un burócrata poco diligente y el amnésico estaba condenado a pasear su desesperación, una semana tras otra, por los rastrillados caminos del *Lazarett*.

Estábamos ya en noviembre y no faltaba trabajo. Un día, una voz cavernosa exclamó, a la vista del 60202:

—Mira tú, ¿todavía no ha vuelto a casa el Glóbulo? Para ser un tío tan listo, menudo fiasco.

El hombre que hablaba de aquel modo regresaba de un *Kommando*. Llevaba la mano herida, era bajito, con una cara típica de los bajos fondos, y no podía decir una palabra sin torcer la boca.

—¡Hombre, Bébert! ¿Cómo andamos? —le dije.

—Pues podría ir mejor —gruñó enseñándome el vendaje—. Sólo me quedan dos dedos y casi, casi, me dejo allá la pezuña entera. En fin...

No era un pesimista. Se rió con una nueva torsión de la boca verdaderamente extraordinaria:

—Esperemos que con esto tenga la salida asegurada... y no habré tenido que hacerme el loco como aquel pobre...

Unos días después, en efecto, le desmovilizaron y regresó a Francia, al mismo tiempo que yo, en el convoy sanitario

de diciembre, convoy de 1.200 enfermos en el que hubiera debido figurar el amnésico si, cuando dejamos el *Stalag*, no hubiese descansado con su secreto desde hacía diez días cerca del bosquecillo de abetos, en el arenal de la landa azotado por el viento de mar.

Un atardecer... Yo no estaba. El servicio me había enviado con tres enfermeros más a buscar a los KGF enfermos de un *Kommando* lejano. Cuando regresamos me dijeron que había sucumbido de pronto a una fiebre maligna. Dorcières, Desiles y los otros se declararon incapaces de averiguar su dolencia.

Una semana entre la vida y la muerte y, después, un viernes, mientras el viento aullaba entre el tendido eléctrico y una lluvia torrencial repiqueteaba lúgubrementemente en los tejados de zinc de los barracones, pasó a mejor vida, como quien dice, de repente.

Yo estaba de servicio en la sala. Aparte la zarabanda en el exterior, todo estaba tranquilo. Los enfermos descansaban sin ruido.

—Burma —me llamó, con un acento triunfante y desgarrador a la vez.

Me estremecí al comprender por el tono en que pronunciaba mi nombre que, al fin, sabía lo que decía. A pesar de las ordenanzas, encendí inmediatamente todas las luces y me acerqué enseguida. Los ojos del amnésico reflejaban un brillo de inteligencia que no le había visto nunca antes. En un suspiro, el hombre dijo:

—Dígale a Hélène... calle de la Estación, número 120...

Cayó de nuevo contra el jergón con la frente bañada en sudor y los dientes entrechocando, exangüe, más blanco que la sábana que le cobijaba.

—¿París? —pregunté.

Su mirada se volvió más vivaz. Sin contestar, hizo un amago de gesto afirmativo. Murió inmediatamente después.

Me quedé perplejo un buen rato. Por fin, advertí la presencia de Bébert junto a mí. Estaba allí desde el principio... pero todo había sido tan rápido...

—Pobre hombre —dijo el bergante—. Y yo que le tomé por un farsante.

Se produjo entonces un fenómeno curioso. El estúpido sentimentalismo del delincuente me liberó del mío. De pronto, dejé de ser el *Kriegsgefangene*\* sobre el que pesaban las alambradas hasta el punto de despojarme de toda originalidad y volví a ser Nestor Burma, el verdadero, el director de la agencia Fiat Lux. Dinamita Burma.

Feliz de haber recuperado mi propio pellejo, puse manos a la obra. En el despacho desierto del oficial me hice con un tampón de tinta y regresando junto al muerto recogí cuidadosamente sus huellas dactilares, ante la estupefacta mirada de Bébert.

—Eres asqueroso —escupió con desprecio—. Igualito que la bofia.

Me eché a reír, sin decir nada. Luego apagué la luz. Escuchando el ruido de la lluvia me había puesto a divagar, pensando que no sería inútil pedirle al cura que se encargaba de esta labor que le hiciera una foto al misterioso enfermo, digamos que para cerrar el expediente.

\* Prisionero de guerra. (N. de la T.)